

David Ibarra:

El mundo de ayer y el desarrollo evanescente

Rolando Cordera Campos

Pertinaz continuador y legítimo depositario de las ideas de los pioneros y patriarcas desarrollistas, David Ibarra ha sido un referente constante en el pensamiento económico latinoamericano. Al cumplir 85 años de edad, la Facultad de Economía de la UNAM le rindió un merecido homenaje el pasado mes de septiembre, para el que Rolando Cordera escribió las siguientes páginas sobre el autor de Desarrollo evanescente y desprotección social.

La vida de David Ibarra está marcada por una férrea voluntad de entrega al servicio público, nacional e internacional, particularmente en la CEPAL y las Naciones Unidas; desde y con la sociedad civil. Con la Universidad Nacional y su Facultad de Economía desde el principio. Su trayectoria ejemplar y su compromiso indeclinable y permanente con las mejores causas de México son conocidos y reconocidos: el desarrollo con equidad y para la igualdad; el ejercicio soberano del derecho al desarrollo; la conformación de una efectiva unidad regional latinoamericana para el progreso social y la independencia de sus Estados; la democracia y la cultura

como componentes indispensables de una evolución política de los mexicanos que sostenga su presencia en el mundo como nación digna y constructiva en la creación de un orden internacional que auspicie el respeto y expansión de los derechos humanos así como la cooperación efectiva y justa entre las naciones.

En todo esto y más, la agenda de Ibarra y su valor como ciudadano y patriota han estado presentes de modo destacado y generoso y hoy, en sus primeros 85, no tenemos que recordarlo sino volverlo consigna desprendida para renovar y fortalecer el reclamo de un nuevo curso para el desarrollo de México.



David Ibarra

PARADOJAS GLOBALES, PERPLEJIDADES PLANETARIAS

A partir de los turbulentos años ochenta, vale la pena fecharlo y recordarlo, Ibarra dedica esa voluntad de servicio a la arena pública, pone de relieve el peso y la importancia de los paradigmas que ordenan las decisiones y las políticas del Estado, detecta y disecciona los ominosos cambios del mundo y de las relaciones entre lo público y lo privado que impone la globalización y se adentra en los territorios ingratos, no pocas veces hostiles a esfuerzos como el suyo, de la crítica de las costumbres y las prácticas de la política y del poder, para hacer evidente la presencia determinante de las jerarquías y los intereses creados en la configuración de un conocimiento convencional que fomenta la rutina y premia el cultivo de las más corrosivas inercias.

La traslación de este saber cansino y esas inercias a la política económica y social de México, hasta convertirlas en sus ejes articuladores, ha resultado destructiva de tejidos sociales, erosionando entendimientos políticos y reflejos intelectuales hasta dejarnos inermes frente a los nuevos cambios del mundo. Estos vuelcos, acelerados hasta lo inimaginable por el cambio tecnológico y organizacional, sobre todo en las grandes corporaciones transnacionales, han desembocado en el presente que arrancara en 2007 en una crisis global que ya es de larga duración, así como en una aguda incertidumbre planetaria, devastación social y deterioro de muchas democracias, cuya solidez y capacidad de duración y renovación se fincaba predominantemente en los grandes acuerdos de la posguerra que darían lugar a su vez a los

estados de bienestar. Nuestra democracia novicia no ha encontrado puerto de alivio en la tormenta y su capacidad representativa y de agregación de intereses para una deliberación republicana y productiva está hoy en entredicho.

La mirada del maestro Ibarra al mundo de hoy, angustiada y abrumada por estas y otras paradojas de la globalización, así como por mil y una perplejidades planetarias, como solía llamarlas nuestro inolvidable Fernando Fajnzylber, se hace desde el mundo de ayer pero no como refugio en la nostalgia o la añoranza, sino como espléndido ejercicio pedagógico sobre los usos de la historia. Es de estos usos que no admiten reposo, que puede y debe nutrirse la construcción de una economía política y un desarrollismo firmemente anclados en la experiencia y el sentir nacionales, pero ahora volcados a imaginar nuevos mundos; a crear enfoques cosmopolitas que no nieguen ni menosprecien sino que incluyan y den centralidad a los reclamos de justicia social y vigencia de los derechos humanos que ahora definen al mundo en su conjunto y no sólo a las naciones pobres y atrasadas.

EL FIN DE LAS EXPORTACIONES Y EL CREDITISMO

En *Desarrollo evanescente y desprotección social*, editado por la Facultad de Economía de la UNAM en 2014, Ibarra despliega su proverbial capacidad expositiva y de síntesis para dar otra vuelta a la tuerca de la crisis global y evaluar las posibilidades del mundo de salir pronto de

esta, en mejores o menos malas circunstancias que las que propulsaron la implosión financiera de 2008. Su examen se apoya en el uso de precisos cuadros de resumen del desempeño de la economía mundial, pero más que nada se despliega en una apreciación crítica y detallada, cuidadosa pero no reservada, de las dos políticas o estrategias puestas en juego desde fines del siglo pasado para reproducir geométricamente, en las estructuras de la economía y en el espacio y la geografía, la globalización que arrancara triunfante después del fin de la Guerra Fría y la bipolaridad del equilibrio nuclear.

Estas políticas han sido, por un lado el creditismo y, por otro, la estrategia del crecimiento hacia fuera, basado en las exportaciones, ya no sólo de mercancías primarias sino de conocimientos y tecnología, bienes manufacturados y servicios de alto nivel. Desde luego, de capitales para la *re-colonización* del mundo en desarrollo, ahora mediante un redespigue industrial de magnas proporciones y alcances.

El creditismo estuvo destinado a dinamizar, sin cambiar, una estructura distributiva reconcentrada, pero también a dar salida a los excedentes portentosos acumulados en el sector financiero. Lo que se dibujó en estos años de euforia globalista e imperio del ingenio financiero encarnado por la subespecie de los “*masters of the universe*”, fue un mundo de enajenación progresiva a la vez que lúdica, desembocaría en el predominio de la ganancia inmediata en favor de los accionistas y en detrimento del crecimiento y expansión de las corporaciones como lo había enseñado John Kenneth Galbraith (*The New Industrial State*, 1967) y criticado radicalmente Paul A. Baran y Paul M. Sweezy (*Monopoly Capital*, 1966).

El individualismo exacerbado, sustentado en un consumo basado en el crédito desbocado; la libertad de mercados, en fin, la globalización en clave neoliberal, son presentados como los viaductos únicos para el bienestar de las personas, a las que se busca subsumir con la noción de consumidores que, a la vez, es entendida como ciudadanía.

Creditismo y exportaciones como fin y no como medio constituyen la llave para un nuevo orden mundial cuya evolución dependerá de que se conserven como dominantes los criterios ordenadores de la política económica que parte y aterriza en los veredictos inapelables del mercado. De aquí la prepotencia del llamado pensamiento único y el desvanecimiento nada pausado del desarrollo como horizonte ideal y práctica ambiciosa de las políticas nacionales emanadas de las democracias maduras, pero también y sobre todo de las apenas recuperadas o implantadas en los países en desarrollo o en los que iniciaban su marcha al capitalismo después de su experiencia por la economía del mundo del comunismo soviético.

“Con el creditismo, la función desarrollista de la inversión fue sustituida por el crédito y los déficit resultantes de oferta con importaciones, aunque uno y otro no fueran sostenibles a largo plazo”. Al final de sus rondas, esta política desemboca en mayor incertidumbre y desconfianza integral de familias y agentes financieros. Con la crisis, las políticas de austeridad se unen a lo anterior y la recuperación se aleja.

Así podríamos presentar el recorrido de Ibarra por el mundo de hoy. “El mundo de ayer”, para recordar a Stefan Zweig, se desvanece en sus propias crisis y salidas falsas como la del creditismo como vía de largo plazo o la de las exportaciones como palanca principal del crecimiento sostenido. Las instituciones de aquel mundo, inspiradas en las varias hipótesis de solidaridad y cohesión social que la Segunda Guerra y la memoria de la Gran Depresión habían dado actualidad y legitimado, y que eran vistas como los pilares de las democracias industriales enfrentadas al comunismo soviético, son paulatinamente avasalladas y desnaturalizadas.

Lo que se va imponiendo son concepciones ideológicas extremas que no titubean ante los dilemas que su propio triunfo hace surgir y las plantea como ideas que aspiran a ser hegemónicas: entre democracia social e industrialización desarraigada y salvaje, la segunda; entre solidaridad y redistribución como base del mercado interno y capitalismo global, sin fronteras, el segundo. Y así sucesivamente hasta topar con las fronteras de la sostenibilidad del sistema en su conjunto cuyas fuentes y bases son erosionadas: el trabajo se degrada *urbi et orbi*; la naturaleza es depredada y el cambio climático presentado como superchería contra el progreso.

Lo que sucede con el creditismo se puede extender a la opción omniexportadora; sostiene Ibarra: “El creditismo y las exportaciones son los dos principales mecanismos económicos ideados al propósito de cuidar del crecimiento dentro de la globalización y eludir los espinosos temas de la distribución del ingreso y de su acompañante obligado: el empleo de la fuerza de trabajo. Por un tiempo, ambos paradigmas mejoraron el bienestar de algunos países o la sensación de bienestar al menos de las clases medias de otros (...) a la larga, el primero hizo caer a las economías industrializadas en la trampa de la liquidez y el segundo a minar el ascenso de la globalización” (p. 49).

Más aún: “La obsesión por imprimir continuidad a ambas estrategias obstruye soluciones prontas a las recesiones universales o nacionales (...) Su paulatino agotamiento invita a caer en un prolongado periodo de semi-estancamiento (...) Asimismo, ambas estrategias se apoyan y arrancan de la alianza de los gobiernos con las cúpulas empresariales del mundo, comprometiendo la representatividad política de los sistemas democráticos nacionales” (p. 50).

La cadena de paradojas y trilemas de que ha escrito Dani Rodrik en su libro sobre las paradojas de la globalización, se desliza en el enfoque de Ibarra a una serie de callejones sin salida que no dan lugar a escenarios alentadores que habrían de empezar con una recuperación segura, así fuera pausada o paulatina, de los ritmos perdidos en el crecimiento global o el comercio mundial, cuyas caídas casi libres documenta nuestro homenajeado. Se trata de diques y bloqueos de intereses creados que viven y se nutren del *statu quo*, imponiendo un presente continuo cuya extensión en el tiempo y el espacio globales pueden probarse letales para el precario orden económico y político que aún subsiste en varias regiones decisivas del planeta.

Nunca resueltos de antemano ni del todo en la teoría o la especulación teórica y política, este teatro del mundo y del absurdo constituye ya el telón de fondo obligado de todo intento por actualizar y problematizar la idea del desarrollo. Esta, como realidad y utopía, nos fue legada por los pioneros y patriarcas desarrollistas, entre quienes David Ibarra ha sido pertinaz continuador y legítimo depositario.

La gran cuestión que nos deja este agudo ensayo de Ibarra, en el que yo elegí articular mi especulación de esta mañana, es si el mundo de hoy, erigido sobre las ruinas del mundo de ayer, puede desplegarse en un mañana distante y alejado de la proyección lineal de este ya largo y doloroso presente: un largo estancamiento económico; la erosión y desplome de las instituciones y lazos que queden del estado de bienestar y los grandes acuerdos morales y políticos que les dieron sentido y vigor; la desnaturalización de las utopías “realizables”, como lo ha sido la Unión Europea y parecía volver a ser el desarrollo entendido como derecho humano universal; la sustitución de estas visiones por distopías reales, nada virtuales, generalizadas o globales: *Blade Runner* y la vuelta del Golem entre nosotros.

No es para menos. Tómese nota: “ya tiene más de cuatro décadas de vida la liberación de los mercados y el encogimiento de los Estados sin garantizar la prosperidad y el empleo universales; los focos de irradiación del crecimiento mundial están semiapagados no sólo en satisfacer su función desarrollista sino en terminar una recesión que casi alcanza en profundidad a la Gran Depresión de los años treinta” (p. 16). Frente a todo esto y más (agréguese el desolador panorama de la emigración africana y siria y el lacerante escenario de egoísmo primario de los europeos): ¿podemos imaginar un aquí y ahora distinto, como la mejor manera de inventar y construir un mañana mejor?

La pregunta nos remite al terreno de la política que a su vez nos lleva a la cuestión de la democracia, sus alcances y límites. Contra lo que suele pensarse, la historia de las democracias capitalistas o en el capitalismo es reciente y en casi todos los casos fue labrada a golpe de confrontación y movilización social y discursos políticos revolucionarios o reformistas o reformadores ordenados a su vez por el afloramiento o la agudización de las contradicciones y males del capitalismo. Del cartismo a la socialdemocracia, el liberalismo social o el socialismo liberal; de la *Rerum Novarum* a la democracia cristiana y ahora al *Laudato est*; de Roosevelt a Lord Beveridge, Clement Attlee y su ministro Bevan; de Ignacio Ramírez o Ponciano Arriaga al presidente Lázaro Cárdenas, hay un tejido y un encadenamiento que responden a la idea republicana de que la compensación, y aun la recomposición de los mecanismos primordiales desequilibrados por el crecimiento libre del capitalismo, no sólo es factible sino necesario para la propia reproducción capitalista.

Cuando esto ocurre, por otro lado, las vueltas de la reproducción ampliada, para usar y abusar de la figura marxiana, no resultan en una repetición sino en una reedición que apunta a la necesidad y la conveniencia de forjar nuevos acuerdos y contratos sociales codificados por la política en las constituciones e instituciones fundamentales para la gobernación y la convivencia social entre grupos y clases antagónicas o siempre a punto de serlo. Y no sólo para ello sino también para ampliar el sentido y la solidez de un orden internacional siempre precario o al borde del desequilibrio.

Así ocurrió en el pasado cercano con las democracias industriales erigidas al fin de la Segunda Guerra. No sólo fueron construcciones estratégicas impuestas por el enfrentamiento bipolar. Se les entendió también como la respuesta histórica indispensable a las tendencias disruptivas, destructivas, que hizo aflorar la gran crisis de los años 30 y su secuela de desplome del orden internacional y de las democracias europeas de entonces.

Se trató, dice Ibarra, de un acuerdo que se “correspondía punto por punto con la situación socioeconómica que prevaleció hasta bien avanzado el siglo pasado y con los enunciados paradigmáticos de las políticas de la época”. Pero a partir de los voluptuosos años setenta todo empezó a modificarse y la política cambió de piel y talante. La amplia autonomía económica de los Estados se debilita por designio del propio poder constituido, y su legitimidad —sostenida en la redistribución social y la cohesión ciudadana— tiende a descansar crecientemente en los medios de disuasión y creación de ilusorios consensos que arrinconan el discurso deliberativo que debería alimentar a la política democrática.

El mundo de hoy arrincona al de ayer, pero su victoria cultural no parece capaz de sostener un orden democrático propiamente dicho, que responda al reclamo social y encauce el conflicto modulando sus extremos. La victoria puede no sólo probarse pírrica sino destructiva, apocalíptica. Por lo pronto, el hoy es dominado por el cambio como divisa omniabarcante pero carente de contenidos históricos efectivos. Del Estado al mercado y de la política fiscal a la monetaria. De la industria a la Alta Finanza. La deuda, los mercados abiertos y la importación masiva contra las presiones distributivas.

Como primera derivada de esta mutación en el alma del capitalismo global, el reclamo social de trabajadores, proletarios y clases medias se divide y aletarga. La agencia de una corrección histórica al predominio desnudo del capitalismo, como ocurrió en el pasado, se diluye y difumina. Pero, repito: ¿podemos imaginar un presente distinto para idear un mejor futuro? El doble movimiento de la sociedad, nos enseña Polanyi, responde a necesidades vitales, cruciales, de sobrevivencia del hombre inscrito en el trabajo social así como de defensa del medio natural, del entorno, puesto en peligro por la expansión irrestricta del capitalismo.

Occupy Wall Street y los Indignados; antes, los ocupantes de Seattle; los marchistas sobre Davos: todos ellos son avanzadas de este doble movimiento de la sociedad que es indispensable para que la propia sociedad sobreviva. Por lo pronto, habría que proponerse una reivindicación de la política económica y social cuyo desmantelamiento ha llevado a un mundo de desarrollo evanescente y desprotección social.

LA POLÍTICA SOCIAL: EJE ORDENADOR

La política económica entendida como proceso social que trasciende los corredores del poder y del ingenio tecnocrático; la política social entendida como el cemento indispensable para el funcionamiento del Estado democrático constitucional moderno; el Estado asumido como el puente insustituible para empezar a erigir un auténtico nuevo orden mundial que ofrezca gobernanza y vigor a la globalización que viene: todo esto nos traslada a pensar en una economía política de las transformaciones y una política democrática para la inclusión como sostén del nuevo acuerdo y el consenso para recuperar la idea y la visión de un desarrollo que se extravió bajo el tumulto de los cambios del mundo que marcaron el fin del milenio.

Y si equivocamos la ruta y caemos en nuevos extravíos, habrá que recordar a Beckett y los muchos otros poetas que nuestro amigo y homenajeado tanto visita: “Ever tried. Ever failed. No matter. Try Again. Fail again. Fail better”. **u**

